

Estimados hermanos y hermanas:

“Mi alma proclama la grandeza del Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador, porque se ha fijado en su humilde sierva y ha hecho obras grandes por mí.” Lc 46-49

En este Domingo día del Señor, nos reunimos en esta Iglesia parroquial de San Bartolomé de Sutatenza, para celebrar las Bodas de oro de vida Consagrada de la Hna. Odilia Novo Cañas SM en la comunidad de las Hijas de la Iglesia, fundada por la Madre María Oliva Bonaldo, italiana; y para agradecerle a Dios, nuestro Padre, por el don de su vida y por haberla elegido como esposa de Cristo y consagrado y consagrado para la misión en diversos lugares.

Es un día de fiesta para la Iglesia de Sutatenza y de Tunja, donde ella ha trabajado por varios años, para su Congregación religiosa, Hijas de la Iglesia y para todos los que estamos presentes y para todos los que estamos presentes en esta celebración y os unimos en esta acción de gracias expresando nuestro cariño a la Hna. Odilia por su testimonio y servicio misionero en estos años.

Hoy hemos cambiado las lecturas del día para abrir nuestro corazón al mensaje que el Señor tiene, en relación a la celebración especial de los 50 años de vida consagrada y misionera de la Hna. Odilia Novoa.

En el Libro del Cantar de los Cantares nos habla de la profunda e intensa relación de amor entre los amantes para pedirle al amado que su corazón esté marcado por el sello de amor de su amada y que la lleve como una joya fija en su muñeca. Y dice que el amor es más fuerte que la muerte y la pasión son como flechas con dardos de fuego que arden por Dios.

La Vida Consagrada es un matrimonio espiritual entre Cristo y la religiosa, que nace del amor, de la llamada, del cortejo para conquistarla y cuando ella lo acepta con su respuesta de amor se realiza una alianza en la que la mujer se consagra a Dios por la profesión religiosa y recibe el anillo, como signo de amor y de compromiso, para entregarse a su amado y seguirlo en este proyecto de amor y de servicio por la causa del Reino. El amor es la fuerza y el motor de la vida que nada lo puede apagar, cuando hay pasión y entrega mutua y que al correr de los años en lugar de disminuir se acrecienta y se hace más fuerte que la misma muerte.

San Pablo, en alguna de sus cartas, nos presenta un canto de alabanza y acción de gracias por la elección y las abundantes bendiciones que el Señor concede a sus elegidos y nos recuerda el inmenso amor que Jesucristo nos tiene y su deseo de que seamos santos e irreprochables.

En la vida cristiana y consagrada el Señor nos acompaña, bendice y protege para que seamos santos e irreprochables. Agradecemos al Señor su preferencia y cercanía que nos ayuda en este camino que hacemos durante la vida para alcanzar nuestra salvación.

El evangelio de San Mateo nos recuerda que ser discípulos consagrados al Señor nos compromete a seguirlo. A ser capaces de entregar la propia vida para ganarla contemplando al Señor en esta vida y en la futura teniendo la recompensa eterna.

La vida misionera y consagrada y misionera es un seguimiento radical a Jesucristo asumiendo su estilo de vida, su amor y su obediencia filial al Padre con una compasión entrañable por los pequeños, pobres y enfermos, una fidelidad a la misión encomendada con amor servicial entregando la vida misma y asumiendo la suerte del Esposo y Maestro para cargar la cruz y ganar a todos para Cristo.

Lleva muchas veces a dejar la familia y la patria para ir a lugares distintos y necesitados y allí anunciar el mensaje confiado por el Esposo. Los religiosos están en los lugares más distantes cumpliendo la que su Señor le ha confiado.

Sin embargo, la vida consagrada es una gracia y bendición. El Documento de Aparecida sintetiza de una manera muy bonita esta elección y participación en la misión de Jesús: “Conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida y darlo a conocer con nuestras palabras y obras es nuestro mayor gozo” (n.32)

### **Testimonio y gratitud a la Hna. Odilia**

La hermana Odilia ha hecho su opción por Cristo, se ha consagrado a Él, ha dejado esta tierra de Sutatenza para seguir a su esposo a donde Él la ha querido llevar y en sus 50 años de vida Consagrada lo ha servido en Italia (9 años) y los últimos años en Tunja y Bogotá.

Ella nos ha mostrado que es una mujer enamorada y comprometida a su esposo, dedicándose con pasión a los niños, jóvenes, catequistas, parejas que se preparan al matrimonio y quienes ser aconsejadas, a las familias, a los enfermos, ancianos, compartiendo el amor recibido de su Esposo y dando el amor entrañable de una madre para sus hijos.

Además de ser una madre es también una pastora que acompaña a su pueblo.

Destaco también su testimonio de entrega, generosidad y fidelidad con un servicio alegre y responsable, buscando la comunión y participación de todos. Es cercana, sensible, valiente y comprometida al bien común enfrentando en no pocas ocasiones, conflictos sociales y políticos, para luchar por la paz y la justicia de su pueblo.

Por eso, Hermana Odilia, hoy estamos agradecidos, acompañándote en estos 50 años de vida consagrada y misionera reconociendo lo que el Señor ha hecho en ti y lo que tú has aportado a su gracia. Él te ha escogido para ser su esposa, te ha colmado de abundantes bendiciones y tú has correspondido con tu respuesta de amor, de entrega y de servicio, dando un gran testimonio de alegría, generosidad, sencillez y fidelidad a la vocación recibida. Gracias por este gran testimonio que nos anima a los demás misioneros, misioneras y cristianos a responder con alegría y fidelidad a nuestra vocación de discípulos misioneros de Jesucristo.

Te felicitamos en estos 50 años de vida consagrada y le pedimos al Señor que te siga colmando con abundantes bendiciones para que sigas haciendo el bien a todos y expandiendo es suave olor de una esposa, madre y pastora, llena de amor de Dios, que gasta su vida por los demás. Estoy seguro de que el Señor te seguirá llenado de sus dones para seguir el mismo camino hasta el final de tu vida en donde el Señor te recompensará con creces experimentando la plenitud de ser amada, valorada, apreciada y admirada por todos los que te conocemos y recibimos tu testimonio y servicios.

Gracias Señor por el precioso don que nos has dado en la Hermana Odilia. Gracias Hermanas Religiosas Hijas de la Iglesia por compartir en nuestra Arquidiócesis de Tunja, a donde llegaron desde Italia por primera vez, su primera casa, fue Pachavita, luego Villa Vianey en Paipa y luego Tuna, que Dios les ha dado y, gracias a todos por permitir vivir esta experiencia de vida consagrada y misionera; a la Hermana Odilia por permitirnos participar en esta fiesta de sus bodas de oro.

Celebrar “50 años de vida Consagrada” es una ocasión para detenerse, meditar y dar gracias por el don de la vocación, que es pura gracia, Don de Dios-Amor. Es mirar nuestra vida pasada con los ojos de Dios que comprende nuestras equivocaciones, persona nuestros pecados más oscuros y nos acepta como somos.

Hace 50 años, este Dios- Amor te miró, quiso contar con tu vida y te invitó para una misión especial. Acoger la invitación significó abandonar la barca de tus seguridades y dejar a Dios realizar su proyecto en tu vida. Los años han ido descubriendo nuestras posibilidades y limitaciones y hoy nos ayudan a ver la vida con más realismo y verdad.

Tal vez, ahora empezamos a percibir que nuestra trayectoria por la vida , encierra un sentido más profundo que todo lo que hemos hecho o dejado de hacer a lo largo de los años; pero lo importante ha sido, es y será el amor que Dios dirige a nuestra vida y la cuida desde dentro. Solo entorno a su gracia se va tejiendo nuestra verdadera existencia y nuestra misión en el Carmelo misionera. Más allá del desgaste está la confianza y el abandono incondicional en sus manos y la fe en la promesa: “El que pierda su vida por mí la encontrará”

Celebrar bodas de oro, lejos de sentir que la vida se nos escapa, es seguir caminando con paz, sin prisas ni protagonismos, sin inquietudes engañosas, con una comprensión creciente hacia todos y con mucha compasión, dejando que Dios nos vaya madurando desde el interior, en la vida ordinaria y cotidiana. Es ahora cuando nuestra vida puede ir creciendo más libremente hacia la plenitud. Es ahora cuando cada experiencia dulce o amarga, cada logro grande o pequeño, cada pecado más o menos grave, va ocupando su verdadero lugar, es ahora cuando podemos entonar, como María, nuestro “Magnificat”. Al final de todo hallaremos la ternura insondable de un Dios que es Padre y Madre. Celebrar “Bodas de oro” es seguir diciendo: “Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Padre Eliseo Dueñas.